

ciosas, con orejeras, diademas y bezotes de oro y ricas cutaras; seguían cuatro pajes con arcos y flechas; los estandartes de la señoría ricamente adornados conducidos por cuatro aifereces; pasaron en seguida, por filas de veinte en veinte, setenta mil flecheros, de trecho en trecho un estandarte con las armas del capitán de cada compañía; inclinaban las banderas al pasar delante del general, el cual devolvía el saludo tocándose la gorra, mientras los guerreros inclinaban la cabeza y disparaban sus arcos: siguieron cuarenta mil rodejeros y diez mil piqueros, haciendo también su reverencia. Aquellas tropas, para recibir una disciplina militar en consonancia con la de los blancos, estaban á cargo de Alonso de Ojeda, y de Juan Márquez. De este número salieron ochenta mil guerreros á campaña, permaneciendo el resto en la ciudad para escoltar los bergantines. (1)

Viernes veintiocho de Diciembre, el ejército salió de Tlaxcalla tomando directamente el camino para Texcoco, capital del reino de Acolhuacan. La resolución había sido tomada en junta de capitanes: aunque tres puertos en las montañas abrían paso de aquel á este lado del Valle, D. Hernando escogió como más seguro, por estar descuidado, el más agrio y fragoso. Aquella noche la pasaron en Tetzmulocan, (2) pueblo de la jurisdicción de Huexotzinco.

Sábado veintinueve se comenzó á subir las montañas. El general con diez de á caballo y sesenta peones lijeros tomó la delantera á fin de ver al enemigo si le había; ninguno se presentó á disputar el paso, acampando el ejército en un lugar alto, en donde partían los términos de los aculhua: hacía muy gran frío, mas como había abundancia de leña remediáronse al calor de las hogueras. (3) En el sitio nombrado Tlepehuacan, se presentó á Cortés el bastardo príncipe acolhuatl Ixtlilxochitl, atizador incansable de las revueltas del reino, aspirante pérfido al trono de Texcoco; presentóse con un pendon de oro en señal de paz y amistad, dando la bienvenida al general y convidándole á pasar á Texcoco en donde sería servido y regalado; pesábanle mucho, dijo, los males sobrevenidos por la rebelión de sus tíos y deudos los señores méxica; que á causa de ello el rey su hermano y los de su corte eran culpados, pero que los perdonase, pues

(1) Cartas de Relac. pág. 85.—Herrera, déc. II, lib. X, cap. XX.

(2) De *tetzmulli*, carrasco verde; Tetzmulocan, el carrascal verde: llamáse hoy San Martín Tescmelucan, Estado de Puebla.

(3) Cartas de Relac. pág. 135.

á su nombre venía á disculparlos y ofrecerle sus servicios. Si D. Hernando no vió con placer á aquel repugnante príncipe, se enteró con gusto de las desavenencias entre los herederos de Acolhuacan: (1) ni el hombre ni las nuevas le cojían desprevenido.

Domingo treinta fué pasado el puerto y aún se subieron y bajaron algunas cuestas. El camino seguía por las laderas del Telapon, y los cuatro jinetes con igual número de peones de la descubierta, le hallaron obstruido con troncos de árboles y otros objetos, señal más bien de rompimiento que de prevención militar. Dudaron si darían aviso; mas como viesan que la abatida se prolongaba por gran espacio, se resolvieron á dar parte enviando al efecto uno de los peones; informado el general, que venía á la vanguardia con la caballería, ocurrió al llamado, prosiguiendo sobre los obstáculos hasta salir á la tierra llana. Ahí esperó se reuniese el ejército entero, al cual dijo diesen gracias á Dios, pues le había traído sanos y salvos. (2) Desde las últimas alturas descubrieron los castellanos la cuenca del Valle con sus lagos y ciudades; vínoles á la memoria el recuerdo de los pasados triunfos y reveses, de manera que la vista pintoresca que delante tenían, despertaba en ellos encontrados sentimientos de placer y de pena. (3) Para invadidos é invasores habían cambiado por completo las circunstancias. La vez primera que los blancos llegaron á la orilla de los lagos, México era señora altiva del Valle y de la tierra, rica, poderosa, temida; ahora estaba quebrantada por todo linaje de calamidades; insurreccionadas sus provincias, estrechado su poderío á un pequeño territorio, y todavía iba perdiendo unos tras otros sus menguados hijos. Había salido miserable del fango de unos desiertos islotes y por la conquista se había hecho opulenta; en sentido contrario de cual ántes se extendía, ahora se estrechaba, para desaparecer por la conquista, también entre los carrizales del lago.

El ejército marchó ordenadamente por lo llano, dispuesto á resistir un choque. Los espías méxica que los atisbaban habían dado la voz de alarma, veíanse por todas partes las humaredas anunciando la presencia de los blancos en el Valle y aún se escuchaba como los

(1) Ixtlilxochitl. Hist. Chichim. cap. 91. MS.

(2) Cartas de Relac. pág. 156—158.

(3) Bernal Díaz, cap. CXXXVII.

guerreros se apellidaban para la lucha. Los moradores de unas estancias vecinas comenzaron á lanzar gritos y provocaciones, mientras algunos escuadrones de guerreros se presentaron á defender un mal paso profundo, sobre el cual había un puente roto. Los blancos aceleraron el paso; con quince jinetes y un buen número de tlaxcalteca forzaron la posición, teniendo los méxica que abandonar el campo, no sin gran pérdida, pues fueron alcanzados por la caballería. Siguióse adelante sin otro accidente, hasta alcanzar á Coatepec, ciudad del reino de Texcoco, abandonada por los moradores, en donde se aposentaron, tomando sus precauciones para no ser sorprendidos. No obstante las ordenanzas, los aliados habían merodeado en la comarca. (1) La resistencia de los méxica para defender la entrada en el Valle no fué mucha; lo causaba la peste de viruelas, muy extendida todavía en las poblaciones, lo cual tenía mucha gente imposibilitada ú ocupada. "Y como los indios amigos vian, que este mal no tocaba en los castellanos, con mucha admiracion pensaban que alguna gran deidad los reservaba y amparaba." (2)

Lunes treinta y uno de Diciembre, puestos en marcha, á corta distancia de Coatepec, los corredores de la descubierta vinieron á decir al general, se acercaba un grupo de gente sin armas, trayendo una bandera, lo cual era señal de paz. Cortés aplaudió la noticia, "la cual Dios sabe cuánto deseábamos, y cuánto la habíamos menester, por ser tan pocos y tan apartados de cualquier socorro, "y metidos en las fuerzas de nuestros enemigos." (3) Los mensajeros eran personas principales; haciendo la acostumbrada reverencia presentaron un pendon de oro, el cual calculó luego D. Hernando en peso de cuatro marcos, y afora Bernal Díaz en valor de ochenta pesos; diciendo de parte de su señor Coanacohtzin, no se hiciese daño en la tierra, no siendo los moradores culpables de lo pasado, sino los de Tenochtitlan; que el rey quería ser su amigo y le esperaba en la ciudad. Por medio de las lenguas respondió el general, fuesen bienvenidos, pues él se holgaba de la paz; pero que en aquella provincia habían muerto cinco de á caballo, cuarenta y cinco peones y más de trescientos tlaxcalteca "que venían cargados, y

(1) Cartas de Relac. pág. 188—89.—Bernal Díaz, cap. CXXXVII.

(2) Herrera, déc. II, lib. X, cap. XX.—Bernal Díaz, cap. CXXXVII.

(3) Cartas de Relac. pág. 189.

"nos habían tomado mucha plata, y oro, y ropa y otras cosas: que por lo tanto, pues no se podían excusar de esta culpa, que la pena fuese volvernos lo nuestro: é que desta manera, aunque todos eran dignos de muerte, por haber muerto tantos cristianos, yo quería paz con ellos, pues me convidaban con ella; pero que de otra manera yo había de proceder contra ellos por todo rigor." (1) Respondieron los mensajeros, que el despojo lo habían llevado los de México, no obstante lo cual buscarían lo que pudiesen y lo traerían; terminaron preguntando, si pensaba entrar aquel día á Texcoco, pues sería mejor se aposentase en otra ciudad, mientras se le prevenía alojamiento. El general abrazó á los enviados, entre los cuales había algunos conocidos de los blancos y parientes de Motecuhzoma, aceptó los ofrecimientos de paz y en cuanto á rendir la jornada, expresó terminantemente sería en Texcoco: los méxica se retiraron.

Dióse la orden á los capitanes aliados no hiciesen daño en la tierra que ya estaba de paz; "mas comida no se les defendía, si era solamente maíz é frisoles, y aun gallinas y perrillos, que había muchos en todas las casas, llenas dello." (2) Siguió el ejército por Coatlichan y Huexotla, cuyos señores le salieron á recibir y dieron de comer, penetrando hacia el medio día en la capital del reino de Acolhuacan. Las calles estaban desiertas; ni en ellas ni en las casas aparecía la gente, echándose de menos que ni Coanacohtzin ni sus nobles se presentaran á darle la bienvenida. Los castellanos fueron alojados en el palacio de Nezahualpilli, edificio espacioso capaz de contener doble número de alojados, haciendo pregonar el general, pena de la vida, ninguno se permitiera salir sin licencia de la casa y aposentos.

No haberse presentado los señores, la poca gente que por la ciudad había y que andaba como alborotada, infundieron sospechas en D. Hernando si le querrian combatir. Para descubrir lo que pasaba envió á Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid, otras personas y veinte escopeteros para su guarda: subieronse á lo alto del teocalli, de donde se veía gran parte de la campiña y de los lagos, descubriendo con asombro que los moradores huían aceleradamente con sus

(1) Cartas de Relac. pág. 190.—Bernal Díaz cap. CXXXVII.

(2) Bernal Díaz, cap. CXXXVII.

haciendas, en pequeñas ó grandes canoas por el agua, miéntras otros con sus mujeres é hijos se dirijían á las montañas. Informado Cortés de lo que pasaba, intentó apoderarse de la persona de Coanacochtzin, á cuyo efecto envió á llamarle con algunos papas, quienes volvieron á decirle no estaba ya en la ciudad, pues había sido uno de los primeros en ausentarse rumbo á México. Para evitar la despoblacion, hacia la caída de la tarde puso destacamentos en las salidas para atajar los fugitivos, aunque sin lograr el objeto deseado. "E así el señor de la dicha ciudad, que yo deseaba como á la salvacion haberle á las manos, con muchos de los principales de ella, se fueron á la ciudad de Temixtitlan, que está de allí por la laguna seis leguas, y llevaron consigo cuanto tenían. E á esta causa, por hacer á su salvo lo que querían, salieron á mí los mensajeros, que arriba dije, para me detener algo, y que no entrase haciendo daño; y por aquella noche nos dejaron, así á nosotros como á su ciudad." (1)

Aquella burla enojó á D. Hernando, hasta olvidar las ordenanzas y permitir se diese sacomano en la ciudad, apoderándose de mujeres y muchachos, que fueron declarados esclavos y vendidos en pública almoneda. (2) Los aliados tomaron parte activa en la destruc-

(1) Cartas de Relac. pág. 191.—Bernal Díaz, cap. CXXXVII.—Oviedo, lib. XXXIII, cap. XVIII.—Herrera, déc. III, lib. I, cap. I.

(2) Resid. contra Cortés: Antonio Serrano de Cardona, tom. 1, pág. 199.—"207. Item: si saben que al tiempo quel dicho D. Hernando Cortés fue á la cibdad de Texcoco, é fizo paces con los vecinos della, se dieron por vasallos de S. M., y el dicho D. Hernando Cortés mandó apregonar que nenguno español se desmandase ni saliese de los aposentos, ni fiziesen mal á yndio alguno; é si saben que aquel dia, en la tarde vieron en la laguna mucho número de canoas en cantidad de ocho mil, poco más ó ménos, é vieron como los yndios se alzaban é se vernian á xuntar con los yndios desta cibdad, é á aquella cabsa, el dicho Don Hernando Cortés mandó á los españoles que les fiziesen guerra, é si algunos esclavos se fizieron, fue por la dicha cabsa; é si saben que quando fueron á los dichos yndios, abian alzado sus faziendas, de manera que fue poco ó nada lo que le hallaron é lo que los españoles obieron." Interrogatorio, Doc. inéd. tom. XXVII, pág. 385.—El testigo Alonso de Villanueva, "A las doscientas é siete preguntas dijo: que lo que sabe de la dicha pregunta, es, que vido que quando el dicho Don Hernando Cortés vino á la cibdad de Texcoco desde Tepeaca, para aposentarse en ella é dar orden para recuperar la cibdad de México, vido este testigo que el dia que entró en la dicha cibdad de Texcoco ántes de llegar á ella salieron de paz ciertos yndios, á los cuales el dicho Don Hernando Cortés resebió amorosamente, ofreciéndoles paz; é que así fue quentrande en la dicha cibdad, pacíficamente, el dicho Don Hernando Cortés mandó que nengun

cion, no constituyendo las haciendas la mayor pérdida: "dieron fuego á lo más principal de dos palacios del rey Nezahualpiltzin-tli; de tal manera que se quemaron todos los archivos reales de toda la Nueva España, que fué una de las mayores pérdidas que tuvo esta tierra, porque con esto, toda la memoria de sus antiguallas, y otras cosas que eran como escrituras ó recuerdos, perecieron desde este tiempo: la obra de las casas era la mejor y la más artificiosa que hubo en esta tierra." (1)

Reorganizada la triple alianza y nombrado y reconocido Coanacochtzin rey de Acolhuacan, había permanecido en Texcoco durante el tiempo en que los españoles estuvieron lejos del Valle. La ciudad no estaba tranquila; fuera de las penurias de la peste, ardían las facciones civiles entre los partidarios del nuevo rey y los del incansable agitador Ixtlilxochitl: Coanacoch pudo prevalecer al cabo, retirándose el ambicioso príncipe su competidor á unas labranzas que tenía en las inmediaciones de Tepepolco, dentro de los estados que le obedecían. Estando aún D. Hernando en Tepeyacac, más ya con la intencion de venir sobre México, envió á un noble nombrado Huitzacamatzin, para que dijese á Coanacoch, que teniendo dispuesto combatir á los tenochca hasta destruirlos, se lo hacía saber, á fin de que le recibiese de paz en su reino, supuesto haber dado él y todos sus vasallos la obediencia al rey de Castilla, con otras muchas razones á fin de atraerle á su amistad. Huitzaca-

matzin se apartase ni desviase de su aposento é compañía, é que no fiziese dapño á los yndios de la dicha cibdad so ciertas penas; é dende á poco rato se vió é conoció que los vecinos de la dicha cibdad estaban alzados, porque no había en toda la cibdad muxeres ni niños, salvo poca copia de yndios, hombres, que andaban desimuladamente acabando de alzar lo que tenían, por donde se conoció que la paz que abian pedido é publicado, abia sido captelosa, por alzar las faziendas como las abian alzado, é por alzar lo poco que les quedaba por alzar; é que á esta sazón ovo españoles que sopieron é vieron como la xente de la cibdad se yba por el agua en canoas á la cibdad de México, y embarcaban en las dichas canoas lo que tenían, é que si el dicho D. Hernando Cortés mandó hacer guerra á los naturales de la dicha cibdad, fue esa la cabsa; é que sabe é vido aquel despoxo que de la dicha cibdad se ovo, fué poco é de poco valor, porque todo lo más é lo mejor, estaba alzado como dicho tiene, é no abia en las casas sino las cosas de poco valer, que no abian querido ó podido llevar; é questo sabe por questo testigo entró en muchas casas principales é comunes de la dicha cibdad, é no abia nada en ellas." Doc. inéd. tom. XXVII, pág. 519—20. Veáanse las declaraciones de otros testigos.

(1) Ixtlilxochitl, Hist. Chimim, cap. 91. MS.

camatzin vino á dar el mensaje, mas sin acabarle de oír Coanacochtzin mandó hacerle pedazos. Mirando Cortés la tardanza del enviado, despachó nuevo mensajero y para autorizarle le hizo acompañar por el príncipe Cuicuitzcatzin, á la sazón retenido como preso en Tlaxcalla; aunque electo rey por el mismo Cortés, y sacado de México en la Noche triste, de ningun provecho había sido para los castellanos. Cuicuitzcatzin vino á Texcoco, dió su embajada y apenas escuchado por su hermano le puso en prision; prévia consulta con el rey de México, teniéndole por espía de los blancos, fué condenado á muerte é igualmente despedazado. (1) Así pereció el rey intruso Cuicuitzcatzin á manos de la justicia de los suyos, despreciado por los conquistadores, sin lucimiento y sin honra. Al penetrar los castellanos en el Valle, sin elementos Coanacoch para defender la ciudad, envió una embajada á los blancos para ganar tiempo, huyendo en seguida á México con todos sus parciales.

Respecto de Ixtlilxochitl, luego que tuvo noticia de haberse movido los blancos de Tlaxcalla, les salió al encuentro en Tlepehuacan, como ya hemos dicho. Recordaremos no era aquella la primera vez en que se presentaba á ofrecer su amistad á los invasores, los cuales le habían tratado con despego y frialdad: no obstante haber sufrido el mismo trato en ésta ocasion, quedóse al lado de Cortés, le condujo á Contepec haciéndole dar buena acogida, acompañándole luego á Texcoco, á cuya ciudad penetró á la sombra de los blancos. Ayudó á éstos en aquella tarde, ya en darles buen alojamiento, ya en contener á los fugitivos que salían de la ciudad. (2)

(1) Ixtlilxochitl, Hist. Chichim, cap. 91. MS. Seguimos la version del cronista de Texcoco, quien ademas de pertenecer á aquella familia real, escribía por los informes de los ancianos y las antiguas pinturas, ademas de seguir en esto una relacion contemporánea á la conquista escrita por un tlaxcaltecatl. Cortés, Cartas de Relac. pág. 197, dice: "al tiempo que yo llegué á la provincia de Tlaxcaltecas, teniéndolo en son de preso, se soltó, y se volvió á la dicha ciudad de Tesaico."—Cuicuitzcatzin, de *cuicuitzcatl*, golondrina, es el Cucascacin de Cortés, quien tambien le nombra Ipacsuchil ó Ipaxochitl. Teepaxochitl le llama el historiador texcocano. Cuxcuxca le nombra Bernal Díaz.

(2) Ixtlilxochitl, Hist. Chichim, cap. 91. MS.

CAPITULO II.

CUAUHTEMOC.—COANACOCHTZIN.

Reyes intrusos de Acolhuacan.—Tecocoltzin.—Sumision de Coatlilchan, Huexotla y Atenco.—Saqueo de Itzapalapan.—Sumision de Otompa.—Entréganse los de la provincia de Chalco.—Muerte de Tecocoltzin.—Jura en Texcoco de Ahuaxpitzactzin.—Ixtlilxochitl.—Canal para los bergantines.—Escaramuzas.—Socorros frecuentes pedidos por los aliados.—Juan Yuste.—Matanza en Calpullalpan.—Sandoval encuentra el conuoy.—El conuoy.—Entrada en Texcoco.

III calli 1521. La noche pasaron los castellanos con suma vigilancia, prestos á rechazar cualesquiera sorpresas. Al dia siguiente, primero del año 1521, aprovechándose el general de la huida del rey legítimo, hizo reunir á los nobles que en la ciudad quedaban, á fin de destituir á Coanacochtzin, nombrando en su lugar nuevo monarca. La eleccion recayó en Tecocoltzin, hijo bastardo del rey Nezahualpilli, quien se mostró dócil instrumento de los